

El Mollete Literario

Director: Carlos Ramírez

Número 2, Segunda Época

Octubre 2012

¿Hay una generación de la "onda"?

POR RENÉ AVILÉS FABILA

Hace poco, una joven periodista me hizo de nuevo la pregunta que, por ejemplo, José Agustín se niega a responder con abierta hostilidad: ¿Qué es la generación de la Onda, dónde estaba usted? Ésa fue una discutible calificación que Margo Glantz nos endilgó para hacerse pasar como crítica literaria aguda e innovadora, cuando ella es mejor analizando a los clásicos. Algo le respondí a la reportera, ahora prefiero, con mayor calma, ahondar en el tema.

Una generación literaria es un conjunto de escritores de edad semejante, cuya obra tiene algunas características similares, un lenguaje común. Por lo regular queda marcada por los grandes acontecimientos políticos, sociales y culturales de una época, como le ocurrió a la generación perdida a la que perteneció Hemingway, donde la matanza de la Primera Guerra Mundial hizo visibles sus efectos más allá del campo de batalla. Entre nosotros, que se reconocen como generación, tenemos a la del Ateneo de la Juventud, donde Reyes, Torri, Vasconcelos y Martín Luis sobresañaron. Brilla la de los Contemporáneos, quienes cometieron la hazaña de darle a la cultura nacional los ne-



Foto: Raúl Urbina

cesarios aires renovadores de Europa y Estados Unidos. Sus más distinguidos miembros fueron Salvador Novo, Carlos Pellicer, Jaime Torres Bodet, Xavier Villaurrutia y José Gorostiza. Asimismo, debemos recordar *Taller*, revista que agrupó y le dio nombre a una generación que encabezaron Octavio Paz, José Revueltas, Efraín Huerta y Rafael Solana. Difícil hoy imaginarlos juntos: sus carreras corrieron por diversos rumbos.

Marco Aurelio Carballo, según nos indica una de sus obras, *Muñequita de barrio*, pertenece a la generación del 40, solo que tal generación fue apareciendo de modo complejo y en diferentes momentos. Al principio, arrancamos, alrededor de 1959, agrupados en un taller literario, Mariano Azuela, con una revista casera: José Agustín, Eduardo Rodríguez Solís, Gerardo de la Torre y yo.

Poco más adelante, uno o dos años, se incorporaron Alejandro Aura, Juan Tovar, Gustavo Sainz, Andrés González Pagés, Jorge Arturo Ojeda y Elsa Cross, justo cuando los primeros con José Agustín y yo en la preparatoria 7, hacíamos una suerte de periódico literario llamado *Búsqueda*, órgano de unos cafés literarios que dirigía César Horacio Espinoza, quien gustaba de

utilizar el seudónimo Horacio Juan. Habrá que añadir que la Revolución Cubana acababa de triunfar, Guevara ya era proverbial, Agustín, Gerardo y yo fuimos militantes comunistas en diversos momentos de aquella época y el rock and roll dejaba huella indeleble como evidente manifestación contracultural, como la poesía *beat*. En ese momento Juan José Arreola decide, a petición de nosotros, formar un taller literario y una revista, hoy legendarios: *Mester*. En esas sesiones transcurridas en la casa de Arreola en Río de la Plata aparecieron algunos más como Hugo Hiriart, Roberto Páramo (quien inexplicablemente desapareció, abandonando una carrera promisoriosa para la que estaba singularmente dotado), Ignacio Solares, Carmen y Magdalena Galindo y otros que se me escapan.

La mayoría de nosotros escribimos nuestros primeros textos en revistas colegiales, de tal manera que consideramos los cuentos y poemas que aparecieron en *Mester* como el arranque formal. Hablo de 1963 y 1964. Mucho más adelante, el círculo se ampliaría. Al grupo que Margo Glantz de modo simplón, y sin encontrar mayores diferencias entre cada uno de nosotros, calificara como de la *Onda* y que se encuentra reunido en dos libros, *Antología joven de México* y *Onda y escritura*, publicados por Siglo XXI, se le añaden personajes solitarios como Parménides García Saldaña y Raúl Navarrete, al que Rulfo exaltaría. Ambos murieron de forma dramática y prematura. También en ese año, conozco a un poeta importante: Dionicio Morales. El encuentro fue en aquella remota OPIC que dirigía Abigail Bohórquez. Finalmente, en 1989, Marco Aurelio Carballo comienza a escribir literatura y de este modo la generación crece. En esos tiempos surgen asimismo autores exitosos, de edad semejante a la nuestra, como Eugenio Aguirre y Rafael Ramírez Heredia, y au-

mentan la lista de autores nacidos alrededor de 1940 y que hasta hoy no ha encontrado más nombre que los ya citados de la *Onda*. Agustín propuso dos nombres para calificarnos: *Mester* y *generación del 68*. Como la veo, pareciera que está perfectamente conformada por el año de 1938, año en que nace Gerardo de la Torre y 1944, cuando nace José Agustín. Sin embargo, 1938 es también el año de nacimiento de José Emilio Pacheco y Carlos Monsiváis, quienes pertenecen por razones históricas y de prematura incorporación a las letras, a otra generación, la de Juan García Ponce, Juan José Gurrola y Juan Vicente Melo, Inés Arredondo... De tal forma que será interesante cuando, llegado el momento, los críticos, la estudien y vean cuáles son sus puntos de contacto, sus diferencias, sus méritos o fracasos y las razones de sus escrituras.

Como generación aparecimos en un libro propuesto por el poeta Xorge del Campo, quien lo ofreció a Arnaldo Orfila una antología de nuevos narradores: *Literatura joven de México*. Éramos siete y el editor le pidió a Margo que la prologara, allí nace la *Onda*. El éxito fue mucho y llegó la segunda edición, llamada *Onda y Escritura*, nuevamente prologada por Glantz y con otros escritores mayores que nosotros que representaban "la escritura", nosotros éramos los *onderos*, los que escribíamos con desenfado y descuido.

En 1975 el INBA organizaba giras fronterizas (la frontera norte, desde luego) para defendernos de la penetración cultural estadounidense, sin percatarse de que el caballo de Troya se llamaba Televisa. En Ciudad Juárez, conocí a un hombre provinciano, agudo y feroz enemigo del DF: Jesús Gardea y estaba desesperado, había nacido en 1939 y no tenía libro alguno editado. Finalmente consiguió editar y apareció un eficaz prosista que murió

en marzo de 2000, sin haber tenido idea de su pertenencia, al menos por razones de edad, a la misma generación de la que hoy hablo con rapidez, tratando al menos de ubicarla, pues se trata de personas distintas entre sí y con diferencias políticas, morales y culturales muy claras y que, como consecuencia, en tanto grupo, fueron incapaces de luchar contra lo establecido. De los "onderos", sin duda José Agustín, Parménides García Saldaña y yo, teníamos mayores afinidades: el rock y aires contrarios al sistema. Los tres en algún momento estuvimos en el Partido Comunista y nunca nos gustó el PRI ni la sociedad que había edificado.

Todavía no se ha escrito un libro sobre dicha generación y su connotación "ondera". Sin duda, Parménides se reconocía como tal. El resto no, aunque aceptábamos que a nuestro alrededor había un movimiento contracultural que nos impulsaba. Algunos hemos recibido esa atención en lo individual. Una vez Carlos Montemayor se interesó en nosotros y le consiguió a Jorge Arturo Ojeda una beca para hacer un libro de análisis crítico sobre su propia generación; él, sin embargo, prefirió redactar una obra más sobre Octavio Paz. No está de más señalar que Octavio vio con desprecio el trabajo de Jorge Arturo, ignoro las razones, esto me fue contado por el propio autor del ensayo.

Gustavo Sáinz tuvo una intensa relación con José Agustín y Parménides García Saldaña, no cabe duda, tendría que estar con nosotros, pero él permaneció distante. Alguna vez El Búho lo entrevistó y fue duro con José Agustín, a los demás nos engavetó y por último se puso al lado de figuras como Goytisolo y Vargas Llosa. Luego su alejamiento de México lo hizo menos popular de lo que fue cuando publicó *Gazapo*. A menos que se tenga, como Fuentes, un gran talento literario y un amplio sentido publicitario, en México

funciona el refrán de que santo que no es visto no es adorado.

Dionicio Morales, con Aura y Elsa Cross, por último, son algunos de los escasos poetas en medio de un grupo de narradores. El primero conserva características que lo hacen diferente quizá por su cercanía con poetas de la talla de Carlos Pellicer y Efraín Huerta.

Pues bien, de una u otra forma, por nacimiento y ciertas afinidades, por encuentros y desencuentros, legados y aportaciones, rivalidades y simpatías personales, algunos ya distanciados por los nuevos tiempos y los cambios que de pronto ocurren, que una misma época concede, un largo número de narradores y poetas se han acumulado y todos hacen su obra sin detenerse a pensar en ellos mismos, tal vez en espera de que alguien los analice con seriedad y cierta objetividad.

De cualquier forma, se me antoja una pregunta: ¿somos los nacidos alrededor de 1940 una generación? Por razones cronológicas sí, por otras resultan más complejas y difíciles las afinidades. *Onda*, por lo pronto, nos parece algo peyorativo. Agustín propuso *Mester* y otro sugirió 1968, en recuerdo del año trágico que se cruzó en la vida de todos nosotros, aunque, en este caso, Alejandro Aura insistió que él nada tuvo que ver con el movimiento y que no escribió algún verso al respecto. Si hay que ponerle un nombre a una generación que como tal no existe, bien podría ser el de 1940 y listo. Si debo pensar en generación (como respuesta a una pregunta mil veces hecha), solo puedo hacerlo en aquellos que conocí alrededor de 1960: José Agustín.

*Texto publicado en dos partes en *La Crónica de Hoy*, el 3 y 5 de septiembre, 2012
www.reneavilesfabila.com.mx
www.recordanzas.blogspot.com



Hay muchas formas de violentar a un escritor, lo usual es que se le ignore y no se le mencione aduciendo que no es que se le quiera omitir, sino que en la línea de la revista, editorial o del estudio literario realizado es imposible hacerlo porque se trata en él un aspecto en el que no es dable incluirlo.

A veces, poco a poco y sin que nadie se dé cuenta, ese escritor adquiere una fama que avanza independiente del *maremagnum* editorial de su tiempo y logra un espacio imposible de destruir. El caso de Leandro Fernández fue así. Hombre frágil que escribió dos de las obras más importantes de la literatura universal, y siendo mexicano fue algo que los encumbrados no le perdonaron; aunque no lo agredieron directamente, trataron de hacerle de todas las formas para minimizar su presencia y evitarla en el reparto de los bienes que otorga la Literatura. Sensible y necesitado, para mantener a su familia trabajó de capataz en la industria llantera, recorrió la república como vendedor y fue burócrata.

Los gobiernos usan o manipulan a las personas para contraponerlas. De esta forma hacen tambalear egos y atraen hijos pródigos. Cuando descubrió que Octavio, su protegido, hacía alianza con quienes supuestamente estaban atacándolo para obtener más beneficios, le dio un trabajo a Fernández para que ganara un salario cómodo y le hizo un homenaje nacional. Cuando llegó Leandro con su mujer y sus tres hijos al Palacio de las Bellas Artes, pidió a su familia que se adelantara y buscó una de las columnas de la entrada para fumarse un cigarro. Tarsicio Cifuentes, escritor que le tenía envidia y se moría por un homenaje como aquel, al verlo en la puerta le preguntó.

—¿No vas a entrar?

—Estoy esperando al Presidente para llegar con él.

—No seas pendejo, el presidente no entra por esta puerta.

—¿Por cuál entra?

—Por otra. A lo mejor ya está adentro y te está esperando.

—Ahorita llego, nada más me acabo el cigarro.

Diez minutos después llegó el jefe del Estado Mayor Presidencial y le dijo:

Cuento

Aporia 1

POR ROBERTO BRAVO



Ilustración de Luca Mendietta
www.behance.net/lucamendietta

—El presidente lo está esperando.

—Yo lo esperaba también ¿Dónde está?

—Sígame.

—Lo sigo.

La fama de Leandro se extendió por el mundo por las traducciones y los comentarios que se hicieron de sus obras. Para contraponerlo con Octavio, el Presidente le pidió que fuera a Sudamérica acompañado de Tarsicio Cifuentes como su representante a recibir un título honorífico que le otorgaría otro presidente de la República.

El día del homenaje, Tarsicio tocó a la puerta de su cuarto:

—Vámonos, en media hora empieza el acto.

—Adelántate, ay te alcanzo.

Diez minutos después salió hacia el teatro, pero lo hizo por la escalera de servicio del hotel y llegó al sótano, donde los empleados terminaron de perderlo, salió a una calle desconocida para él y se fue en sentido opuesto al teatro, regresó después de caminar diez cuadras, cuando llegó se equivocó de pasaje y apareció en el foso de los músicos, donde se entretuvo platicando con un violinista acerca de los cuartetos de Shostakovich, y cuando el músico empacó su instrumento le preguntó por el estrado; al responderle el músico, le informó también que el acto había terminado. Como ninguno de los dos tenía que hacer en ese momento, salieron y se metieron a un bar a tomar y seguir hablando de música contemporánea.

Al día siguiente los diarios del país publicaron la foto de la silla vacía de Fernández y el encabezado a ocho columnas: LEANDRO FERNÁNDEZ DESPRECIÓ AL PRESIDENTE.

Tiempo después en una entrevista le preguntaron sobre el ejército, a lo que contestó que era sabido que el narcotráfico era su asunto, que los soldados no servirían para nada en caso de ser solicitados para defender al país de una invasión extranjera, que solo eran fieros contra los nacionales, y que, en resumidas cuentas, sus elementos eran todos unos mariguanos. Pusieron sus palabras en la portada junto a una foto donde miraba triste a los lectores.

Cuando Octavio se entregó de lleno a los brazos de la oligarquía, las autoridades negociaron con él financiándole una nueva revista y dándole toda la cobertura posible a sus palabras, que al fin y al cabo estaban determinados por la moda en lo que se refería a política, economía y arte.

Mientras inyectaban la carrera de Octavio a nivel internacional y en el nacional le dieron la primera palabra, el gobierno creó otro grupo, no para que se le opusiera sino para tener una disidencia que diera otro punto de vista sobre los asuntos internos, al cual financió también una revista y una editorial y puestos bien pagados a sus colaboradores. En aquella balanza, o equilibrio de fuerzas bendecido y apoyado por el poder, la figura de Leandro fue relegada a su escritorio en una dependencia, donde fue obviado y a la que iba solamente para no estar en su casa y justificar el sueldo. Con su porte elegante de hombre bien parecido transitaba fumando desde su casa hasta su oficina, ensimismado y distraído; se detenía a comprar el periódico y platicaba un momento con el voceador y con la señora que vendía flores antes de cruzar la avenida para entrar a su despacho. Se hablaba de él solamente en los círculos literarios, donde se le reconocía como el mejor escritor a pesar de que algunos aducían que su temática era de otra época. Su prosa, la más limpia y profunda de nuestra literatura sonaba a verdad, no importa quiénes fueran sus personajes ni qué estaban haciendo. Para los Homeros, Sófocles, Catulos, Leandros Fernández no hay épocas, pensaba Rosendo mientras lo observaba sentado solo a la mesa del café cercano a su oficina y su casa. Uno de los rostros más limpios que conoció. De traje y corbata oscura y expresión de señorita decente, quedada y de buenos

modales, miraba ausente a los clientes que nunca repararon en quién era. Después que le servían, ordenaba alineados un café, una coca cola, la cajetilla de cigarros y dos aspirinas; tomaba una y otra cosa según le placía, concentrado en sí mismo. Si no hubiera sido por su distinción hubiera podido decirse que era en aquel café un ente abandonado, un rostro sin voz, una mente sin entorno. Después de aburrirse, aunque podía estar así horas, bajaba al departamento de discos e interrogaba a los empleados sobre las nuevas adquisiciones. Esa tarde en que lo vio Rosendo le interesaba Prokofiev, uno de los dependientes le mostraba un disco del compositor cuando llegó una joven preguntando si alguien sabía cómo llegar a Radio Universidad. Aquella mujer tenía la belleza que posee la juventud y andaba con una blusa y pantalones entallados. Cuando la vio Fernández, pidió la palabra y le dio señas que la hubieran llevado al zócalo, pero no a la estación de radio. Procuraba deslizar, mientras hacía la explicación, que él había tenido un puesto en esa institución, además de otras particularidades de su currículum, mientras la miraba sonriente y seductor. La dama en cuestión no quiso enterarse de con quién estaba hablando, y una vez que terminó Leandro le dio las gracias y se fue al destino incierto que le indicó el escritor.

Antes de morir Fernández, Rosendo estuvo con él. El cuentista Horacio Leyva había organizado un homenaje a Margarita Brentano en el teatro de la delegación Coyoacán porque había ganado un concurso literario internacional e invitó a ambos. Tomaban un café antes de ir a la ceremonia cuando se desencadenó una tormenta. Esperaban que amainara cuando llegó un policía para informarles que el teatro se había inundado. Decidieron quedarse, pidieron cervezas y platicaron aquella noche fresca y despejada a las estrellas después del aguacero.

La belleza de Margarita iluminaba aquella mesa, y como el homenaje era para ella, fue ella la que habló siempre con Leandro:

— ¿Cómo hace sus cuentos?

— Hace mucho que no los hago.

— ¿Y cuando los hacía?

— Ya no me acuerdo.

— Los críticos dicen que sus personajes son verdaderos.

— Nunca leo lo que dicen los críticos.

— ¿Cuál ha sido el momento de su vida en que ha sido feliz?

— No recuerdo haber tenido

un momento feliz.

— ¿Ni cuando hace el amor?

— A las mujeres no hay por donde agarrarlas.

— ¿A poco no ha podido tenerlas?

— Me ha costado trabajo.

— Todo cuesta.

Cuando Fernández percibió un dejo de coquetería en la mirada de Brentano, se hizo tímido y comenzó a decir cuentos de humor tan malos que hubieran horrorizado al más ingenuo de los adolescentes. Horacio Leyva, Margarita Brentano y Rosendo los festejaron con esfuerzo, y cuando Leandro se cansó de decirlos se despidieron. Rosendo tomó al despedirse la manó de Fernández con sus dos manos, sabía que no iba a estar con él otra vez y grabó la expresión de sorpresa de ese rostro pálido de mirada triste. La noche se hizo fría y cada quien se fue escuchando los tacones de sus zapatos golpear las losas de la acera.

Murió un martes a la edad de 70 años, un cáncer en los pulmones lo fue carcomiendo hasta que su corazón no pudo más. Antes de cremarlo le hicieron un homenaje en el Palacio de las Bellas Artes, donde estuvo el presidente de la República y el secretario de Educación. Quienes lo ignoraron en vida no escribieron una sola línea sobre él, aun cuando supieron de su deceso.

Cuando se es nada llegar a la nada es estar en su elemento, lástima que aquí no se fume ni haya aspirinas, pero al cabo que ni las necesito porque no me duele ya nada, es lo bueno de morir porque los dolores y las personas desaparecen y uno se queda solo con sus recuerdos, y yo ahora me acuerdo nada más de lo que leí y de la música que escuché. Un olor como de tabaco y café huelo en el ambiente, será por las cajetillas de cigarros y el puñado de café que Clara puso a mi lado cuando me incineraron. Me acuerdo también de mis papás, mis tíos y de las triquiñuelas que hacía el cura. Me gusta aquí porque estoy quieto como siempre quise estar, sin hacer nada, escuchando y viendo con mi memoria las historias que leí y las escuchadas en mis discos de música. La vida fue para mí una cadena pesada una vez que pasaban los momentos agradables, así es el placer para los pobres, un referente que cuando termina se vuelve nostalgia y tiene uno que lavar los trastes y pagar los platos rotos, y yo fui al que le tocó hacerlo porque mi familia empobreció por la revolución y tuve que ganar mi sustento trabajando. Mi vida

cambió cuando fui vendedor, me gustaba viajar, viajar es la metáfora más convincente de la existencia que quise tener y la más cómoda, porque la faena de transportarnos la hace el chofer, uno ve lo que ocurre por una ventana sin hacer nada, sentado, pero con la sensación de estar en acción porque fuera de tu lugar el paisaje cambia y estás avanzando sin hacer ningún esfuerzo, ese fue mi Dorado, y como tal fue una utopía que hizo de mi una ausencia que se refugió en la escritura, la música y la lectura, porque allí ocurría algo inexistente. Escribir, leer y escuchar se hace con el pensamiento y con el pensamiento siempre fui bueno. Clara me decía “el ente pensante” y sonreía, aunque le molestaba que fumara cuando me encerraba a leer y escuchar música. El cigarro me mató, el doctor me lo dijo, pero era lo que tenía seguro, era mi placer de cada instante, era el cuerpo tierno de Clara cuando no estaba con ella, era la copa de güisqui, el mole de guajolote y la conversación con mis amigos escritores.

Cuando alguien afirma que el momento feliz de su vida fue cuando encontró a la mujer que ama o cuando nació su hijo, no dice, quizá porque no se lo preguntan, qué hubo antes y después de esos acontecimientos. Esos sucesos memorables qué consecuencia tuvieron en su vida o cuáles fueron su origen. Una definición del hombre, la mejor de las que conozco, es la que dice que es aquello que se hace responsable de lo que quiere y asume las consecuencias de sus actos, pero me pregunto: ¿Tiene uno otra opción? O el que lo dijo no hizo más que una descripción de la realidad. Me gustan las tragedias griegas porque en ellas los protagonistas, los Hombres, son elevados a la categoría de héroes y pagan el costo de cada uno de sus actos. Esa definición de lo que es el hombre hace solamente una descripción de la vida de los humanos en la tierra: de mi vida y la de mi vecino. ¿Significa esta vida un hecho heroico? Esa definición no concuerda con el concepto de héroe. Leobardo, mi vecino, fue un ladrón, un político corrupto que manipuló a hombres y mujeres por igual y la justicia nunca hizo nada con él. Vivió como un reyecito, era la afrenta de la cuadra y murió en su cama igual que yo. Quizá a lo que se refieren en este concepto de héroe es que al vivir en un espacio como el que ocupamos debemos aceptar la convivencia con los Leobardos que nos hayan tocado como vecinos sin caer en la tentación de

hacer lo que ellos hacen o dejan de hacer, y esa es una existencia heroica porque es apropiada y no una desfachatez que avergüenza. ¿Qué debió hacer Leobardo para limpiar su nombre? ¿A alguien le interesaba que Leobardo fuera un hombre limpio? Creo que todas estas preguntas serían respondidas si nos preguntamos primero ¿quién es Leobardo? Porque en la integración de los elementos que configuraron su ser está el origen de su comportamiento y éste pudo ser heroico o dañino.

Conocí a una multitud en la vida, la mayoría se acercó a mí únicamente por curiosidad, un morbo malsano que la gente tiene de buscar en signos exteriores de las personas su cualidad, o por aquello de que si soy amigo o conocido de alguien eso me otorga parte de su importancia, yo nunca me sentí importante y los que quisieron verme de esa manera fue únicamente por el último de esos motivos. Repito, fui y soy el mismo que está en este sitio, uno más, una nada para quien la música, las buenas novelas y los viajes fueron el motivo de su vida.

Conocí a Rosendo Camacho, estuvo callado la noche que nos tomamos un café juntos. No leí nada de lo que escribió, pero sus ojos eran los de una persona inteligente y su comportamiento el de una persona educada.

Cuando dejé de respirar, ya me quería morir, estaba aburrido de tomar medicinas y luchar todos los días por seguir viviendo. Me dio pena dejar sola a Clara, ella no lo merecía. Esa fue la única preocupación que me traje, pero pronto se me olvidó todo, y estoy en este laberinto a mis anchas, escuchando la música que me gustó y releendo mis novelas favoritas. Hago esto sin mover siquiera un dedo.

Roberto Bravo nació en Villa Azueta, Veracruz, el 11 de agosto de 1947. Estudió economía y letras modernas. Cuentos suyos han sido traducidos al francés y alemán. Colaborador de Tierra Adentro, El Universal, El Nacional, El Financiero, El Dictamen, Unomásuno y Punto de Partida. Becario del inba/fonapas, en narrativa, 1980. Premio Universitario de Teatro por la dirección y adaptación para el teatro de la novela Los hermanos enemigos de Nikos Kazantzaki, 1973. Premio Nacional de Cuento San Luis Potosí 1980 por No es como usted dice.